

ANTONIO MENGES

CUADERNO AZUL

LUCERNARIO

WWW.LUCERNARIO.ORG

Í n d i c e

SER Y TIEMPO	2
ETERNIDAD	3
DEFINICIÓN DE LA ESPERA	5
EL LECHO MARINO	7
ZERKALO	11
ELEGÍA	12
ALTAR	14
CUERPO DEL POEMA	15
FÉNIX	17
NOVIEMBRE, LAS OLIVAS	18
DEL SUEÑO	19
LA VIUDA Y LA NOCHE	20
OTOÑO	21
POR LAS ALMAS DE LOS MUERTOS	22
DE MI MISMO MAR	23
LA MUERTE DESTINADA	24
NOCHE DE VERANO	25
LA PLEGARIA DEL PAISAJE	26
ABRIL	27
BALA	28
LLUVIA	29
PRIMAVERA Y MEMORIA	30
BELLEZA	31
CAMINA MIRANDO HACIA LO ALTO	32
ASIR	33
LA ÚLTIMA PARADA	34
EN EL CIELO	36
EN LAS PLAYAS	37
GIMNASTA	38
EL COFRE DE LOS INVICTOS	39

SER Y TIEMPO

Las páginas azules alzaban lentamente
los ecos que allegaban a la orilla.

A veces la mirada se perdía a lo lejos;
y un sobresalto de agua, de arena o de luz
la traía de vuelta. Tornaba a descender
ante los signos, tú con ellos,
cada vez más dudosos y distantes
bajo el luminoso pulsar del mediodía.

La página brillaba y su brillo hería
en onda y plata iguales viejas leyes,
y un pájaro de sombra se quitó la confianza,
y en su vacío apenas espiró una pregunta.

Y respondiendo, lenta como las olas vagas,
se divisó venir del soplo a la figura:
con un quejido ciego de alga desplegada
te apareciste en el espejo del libro.

ETERNIDAD

Perdón por esos prados
de verde enardecido
que amarillean apenas
mayo cumple sus votos

y en cuya lengua herida
bajo el sol de la tarde
yergue palabras átonas
la encina misteriosa;

perdón por esos puentes
que se dicen del agua
las preces desligadas
de un lado a otro del río

y a las nubes elevan
que silbos y ululares
abunden en los campos
y que la luz dominen;

perdón por esos cruces
del camino alejados
sólo para las hierbas
y su cantar a solas

que hacia la lid del fruto
y la pasión del fruto
extraviaran exánimes
delicias y temblores —

unida a esta minucia
de dioses decaída,
por sigilosos cielos,

en mayo eternidad
se esparció cual vilano,
desprendida en el viento.

DEFINICIÓN DE LA ESPERA

A Loly

Merecemos la conversación de los vencejos
que va y viene del cielo a la tapia encalada,
la persecución del zumbido acorazado
del escarabajo al transgredir su territorio,
la secreta estancia, descubierta de pronto,
de la araña ominosa, monstruo inocente,
el mosquito omnipresente y la lechuza
gritando por la noche con voz desconsolada,
los gatos que amanecen antes de acostarnos
y mullan por tan sólo un poco de leche,
las moscas que se duermen y sólo entonces
pobres —de sueño—, nos dan la paz,
el silencioso erizo paseando el cementerio
y el hocico dolorido del perrillo curioso,
los trinos amarillos de la alondra giróscopa,
las familiares perdices, la exhalación del zorro,
las liebres que hacen cruces por los campos
y los súbitos ruidos en las zanjas del camino;

y merecemos la higuera, joven y doble,
promesa de la sombra más verde y piadosa
y la parra impulsiva cuajada de racimos
y los pinos diminutos, recios y solitarios
y esa acacia frondosa de ocho metros
y apenas cuatro años, y ese ciprés altivo,

y el color del rosal, las petunias y las flores
del vivaz pensamiento que has sembrado
en jardineras de deshecho; y merecemos
ese aroma desnudo a mies recién segada,
ese cielo carente de término accesible
y ese rumor de río que todo se lo lleva,
aunque el agua se oculte bajo la tierra seca;

y si no merecemos la astucia, la suerte
ni el palacio, los viajes fabulosos, las grandes
esperanzas ni el éxito en la vida, no es
porque el hado nos desprecie, o nos ignoren
supuestos dioses ciegos que juegan al destino,
por haber leído a Horacio o por determinismo,
ni por no estar allí en el momento justo;
sino porque se ignora lo que no se ama,
con un dolor de fruto y pérdida constante,
se limpia lo que empaña y se cede el exceso
avisando ojos claros, ardientes y puntuales
para que el alma viva su mejor paraíso.
Y así este leve envase viene a tiempo
y presencia, apropiado y unánime
en el amado espacio que la visión enmarca,
desde el cual el sol dice sus lecciones de fuego
y la conciencia atiende aquello que merece.

EL LECHO MARINO

La cama es un prodigio cada noche
habitado por distinta suerte,

acoge las últimas palabras,
trasládalas a cielo
abriendo la calima que negaba distancias
en la oración del mar
y alienta en el despierto
constancia de oleajes,

meciendo sigilosa
asonancia sutil e indescifrable;

acoge al cuerpo en fuga
de las mareas de lo invisible,
el tenaz presentir desprendimientos,
cantiles, calas, playas
laceradas;
medusas,
vuelta ya opaca en absoluto
su fluida transparencia,
y cuanto sigue
—pese al sueño
y su querella—
el movimiento del poder;

disemina el sosiego del yo en tiempo
de nueva debilidad;

 mensajera pasiva,
 como la arena, quiebra
la sintaxis que nos llevó a su confianza,
disuade su apariencia misiva,
su querencia varada

 y lo enmarca alrededor del patio,
aún en claro

 y allí,
jugadores de cartas que disputan,
un afónico pasodoble, una olla
ensayando las artes del infierno,
la motocicleta que se coló y ladra,
llanto de algún niño —o el hambre,
o el celo, de un gato— y un canto
sangrante, rajado de alcohol,
penosamente desigual y entrecortado,
lanzan hacia arriba

 señales, señales

que no guían, no salvan;

ya no se opone entonces,
ya no le restan fuerzas para darse
al que se da por vencido,

todo es un hecho
pleno;

 incierta y temblorosa,
sonámbula asimila una palabra
la consciencia —Mediterráneo— a minuterio

de efímeras orillas,
mientras él se sucede,
 alerta y crítico a lo lejos,
 como un eco.

Sólo más tarde al fin reinará el sueño.

* * *

De día la cama está deshecha,
abandonada entre fanales;
tras su reflejo
apagado en el ventanal,
 se ve el vacío
silencio de la terraza,
la brasa que lo incendia,
el fulgor delusorio;

mas el rumor que invoca,
 en vacilante guía,
su aprehender minucioso
el latido que mana designando
los cauces, las riberas y la ofrenda,

vuelven a erguir al despierto,
su rostro hacia el sentido,
su aserción hacia la luz.

Y los pasos se dirigen hacia la terraza
que les abre las alas,
 mientras sonrío al fondo replegada
la vela de la cama con un guiño.

Parece que dijera: «míralo».

Y el mar está ahí.

Sagunto, 1999 – Alacant, 2005

ZERKALO

A Patricia, en su cumpleaños

Creyente naturaleza del avellano,
sumisa sensibilidad detenida,
¿qué regalo de azules trae el cambio de ritmo
a tu luminoso regazo y te hace hablar
como en verso? Esa hierba que hala
cuando corre el viento sobre su pensar,
ese latido del rosal silvestre, abierto
y el verde rubor de la valla admiro.
Y todo tu paisaje enlaza y brilla
tu muy antigua voz en la emoción
de un crepúsculo más, que olvida
como olvidó la noche. Y crece el alba
entre el delirio de innumerables flores.

ELEGÍA

De la tierra creó el Señor al hombre,
y de nuevo le hizo volver a ella.

ECLESIÁSTICO 17,1

I

Son las uvas más dulces del año.

Emparró entre dos tapias
el pozo de su sangre,
ahora agua: jugo verde.

Entre el uno nigromántico
y el uno salvaje; uno
y fin, principio y uno.

Ciento un años vivió,
justo antes del 2000.
Ya teníamos las uvas
¿para qué más?

*(Septiembre 1999,
en memoria de Cristina Arroyo)*

II

Tal vez no seamos más que polvo,
tal vez no seamos más que tierra
y septiembre delirio en la palabra.

Pero este año en septiembre
las uvas como nunca se doraron
y su dulzor de siempre se acentúa

como verde que quiere ser palabra.
Espera que en septiembre y en las uvas
abre el paso a tu hijo junto a ti:

endulzaste y doraste la apertura,
volviste a la palabra y su delirio.
Entendemos tu Nombre, descartamos

los nombres, aprehendemos las uvas:
tal vez no seamos más que polvo,
tal vez no seamos más que tierra.

*(Septiembre 2005,
en memoria de Victoriano González)*

ALTAR

En la ciudad de los muertos
todo el mundo se conoce.

En la ciudad de los muertos,
ante la suma del alfa y el omega,
cae el silencio insoportable
abatido como un pájaro.

CUERPO DEL POEMA
(PRIMAVERA ENGAÑOSA)

El mar, que nunca tuvo lealtad ni belmez...

Libro de Apolonio

La tarde cae en lilas con la sombra y el sol,
las frondas altas, verdes, cristalizan el duelo
mirando la partida, lejana, de las nubes
y en el instante muerto la hiriente primavera.

Sufrieron los embates de la luz y del tiempo,
padecían los mares y las tierras del llanto,
despiertan en el lecho, se arriman la lámpara,
ateridos al hilo de las viejas historias.

No eran sabias historias, eran sólo campanas
como eran sólo pájaros allá, en el cementerio
florido que pisaban, cenicientas del día,
con los labios sedientos abriéndose las yemas.

La estrella que guiaba paseó presurosa,
sepultó su crianza, malversó el entrecielo
y atrás dejaba solas estelas de la sangre,
señalando el destino caliente de los reyes.

Sucumbid al encanto de las viejas historias,
los dos erais vosotros, lo cuenta la leyenda,

que sigue aún: eran ellos, vosotras, ellas,
en un atardecer que de la nada nombra.

Principio de las cruces, arribar sigiloso,
acoge en este cuerpo la inhallable sorpresa
de los heridos reinos que alimentan las lilas
cuando la tarde gime primavera engañosa.

FÉNIX

Bello es el extravío en el limo prodigioso,
obra la rozadura y el desgaste;
qué sean belleza y obra, no es asunto:
sí el pájaro invisible que en invisible nido
expone lo evidente cuando quiere
sin voluntad ni vértigo y se abrasa.

Oh brasa que en tus mejores horas
le dedicas al fin unas pocas palabras.

NOVIEMBRE, LAS OLIVAS

Noviembre, las olivas.
Sobre lumbre anegada
en húmeda vigilia.

La traición del viento.
La sombra de la sangre.
El pozo de la forma.

Un ensimismamiento
que invade y osifica.

DEL SUEÑO

Del sueño, clarear de ceniza
recogido en la luz como una lágrima;
por sus rasgos de irisación atonal,
por su insólita parvedad, como tesoro
ajeno a duración, cuyo hálito se aproxima
en un aparecer que desconoce.

Y ahora que es venida tu presencia,
tímida criatura, y por los brevísimos encajes
negros de tu blusa gris miran
las blancas playas, y aves marinas
sobrevuelan la ya antigua anunciación,
a lo lejos, vespéral, diviso

el alto verdor de improbables palmeras.

LA VIUDA Y LA NOCHE

Cuando él acaba tú permaneces,
señora de la noche; señora
que siempre su dominio presenciaste
en tu dominio de luz. Y cuando ella,
tú ya a solas, reclama sus desvelos,
poco a poco extiendes
y delicada tensas
su rictus y acomodas
tu escasa pertenencia en aljibe de lágrimas.
Nada asegura un amanecer, al menos,
piadoso, un inicio de cauce,
un asomo de río; mas bajo tu mirada
las cosas se ordenan nuevamente,
e irradian. Y los lugares de antaño
hacen en torno a tu rostro un halo
de verdad.

POR LAS ALMAS DE LOS MUERTOS

Sumergido en la desgracia
para lavar su imagen
no acierta a hablar la lengua de esos peces

que miran en su alma
cómo una nueva sombra extiende
mayor desolación sobre el abismo.

Private – Stop – Don't trespass
se articulan ruidosas como puertas
del sordo ruido, acompañándolo

y ellos son peces de Nueva Orleans,
habituados a cruzarlas
y a saber distinguir cada estrofa y cada nota

por las almas de los muertos.

*Escrito con ocasión del estado de sitio
decretado en Nueva Orleans, a raíz de
los disturbios que tuvieron lugar tras
las inundaciones del 2005*

DE MI MISMO MAR

Camino por tu orilla.

Tu huída es el espejo:
te sumerges en la arena
aproximado en niño,
en nubes,
en balón de colores.

Luego vuelves y te borras.
Una y otra vez
te espejas
y te borras.
Te espejas y te borras.

Te espejas
y te borras
sin que se pueda hacer nada
por evitarlo
o alentarlo.

Eres
de mi mismo mar.

LA MUERTE DESTINADA

Cantan fuerte los grillos.

Visualizo el rostro de Picasso,
es un capitán, un pescador,
un joven de una antigua fotografía
cuyo nombre no recuerdo.

El rostro va cambiando
a cada latido del corazón.

Te beso, y a cada beso digo:
yo te devuelvo la dulzura,
la salud, la belleza,
te guardo en tu siempre,
tu ser en ti.

Quede la muerte destinada a mediodía.

NOCHE DE VERANO

Esta noche, pozo del verano,
abrevada por cielos que atormenta
la cosechadora invisible

y noticias de antes, en la carretera,
sobre los nuevos mundos
abriéndose a la vera aún...;

sombra parsimoniosa que me elude,
joven rostro de la higuera
vuelto a contraluz,

casa de paja y barro seco
en su vigilia ofrece,
bajo el farol, transida.

LA PLEGARIA DEL PAISAJE

La ciudad aparece al acercarte al cielo blanco,
de su intacta premura lisa una señal
se alza cada vez que un trazo, el agua,
todos los árboles a una, su sombra y movimiento,
acunan patios, tapias, rejas y órdenes de allí...

Desde el puente, rodeada de campos,
secreteada en manchas de color,
como espejismo de la pila de la fuente la miras
y líquenes de su piedra y sombra tornasolada
de su árbol, su orilla del camino, su aguador visitante...

Inmensa, donde no había
sino cielo —el blanco hería
la perspectiva— a lo lejos, la ciudad; blanco de mudez,
como en viento y pájaros, flores, hierbas manumisas —
componiendo la plegaria del paisaje.

ABRIL

Tú y yo que durante años
nos mantuvimos a salvo sobre la misma nota,
prendida en un instante y por azar
de la mirada, como las dulces cosas,
el mundo nos debemos.

Piensa si no si el mundo
aún aquí nos uniría a salvo
del tiempo y de la hondura, dedicada
su nota la más dulce en el recuerdo,
dibujando en el aire su flor de ansia
como hacen los músicos.

Como se hicieron, ciegos, los músicos.

BALA

Atravesó la empalizada,
atravesó la flor,
atravesó el miedo.

A la mañana el jardinero descubrió
tres cadáveres sin dueño.

LLUVIA

Cada objeto vierte su lágrima —
el pensar y la verja,
el reflejo y la espera
de la arboleda en el charco.

Con el tiempo medido,
se desprende la vida
del color de la lluvia,
sombras y luz exactas.

Y todo asiente y calla,
recogido en el tránsito
por el que todo brota.
Y todo vierte su lágrima.

PRIMAVERA Y MEMORIA

Perros, fuentes y corderos sin lana
bajo el árbol pastor, casi rumor creciente
de hojas infantiles, en racimo, lavadas,
al extremo doloso que se atreve;
y un reseguir y un cabecear y un río cerca
sólo pintado, como el resto, inmóvil;
y un allegar, y un atenerse al pie
y al aire y a la luz, mientras mirada
pugna sombra, hiere espacio, invade, orienta
y en penúltima estación tiembla y sucede.

BELLEZA

Porém Cacela
Foi desejada só pela beleza

Sophia de Mello

El corazón de la pregunta
alberga un ídolo quebrado,
un ídolo de oro;

así lo hicieron hombres de barro
por amor a la belleza;
mas luego ¡mirad! los saqueadores

lo fundieron
y lo llevaron lejos,
más allá del mar,

al país donde florece el soñoliento valor
y el uso y la impiedad
de las respuestas.

CAMINA MIRANDO HACIA LO ALTO

Camina mirando hacia lo alto
porque no sabe la respuesta;
mentiría si la mirada como un pájaro de sombra
se extendiera ante sí por el camino.

Porque no existe el dios;
y sin embargo,
es tan grande su insistencia.

ASIR

Surge —tú— de la mano,
álzate de la pura transparencia.

Dibuja la muñeca
con suave y continuo trazo
que hacia los hombros refluya
y un cuerpo en la luz salve.

Que no pidan sus ojos
perdón por existir.

Que sus labios anuncien
sólo
que aguardabas el beso,
que lo hacías

aún cuando imaginaria no eras
en la noche
sino la sombra de un paso,
vértigo en fervoroso remolino.

LA ÚLTIMA PARADA

En bajura me besó la niebla.
Dijo aquellas palabras
«sé una luz para ti mismo»

y pronunció su halo horizontal a través del páramo.
Rostros anaranjados vigilaban
en suspenso desde lo alto,
rojos acericos conducían
deshilvanándose la distancia

y huérfano de mundo
y casi por descuido,
mi hogar se esbozó apenas
cuando no lo esperaba

y al abrir el cancel
—húmeda sombra muda—
gimió el estrepitoso hierro
en soledad completa.

*

A la hora del lobo,
cada mínimo ruido amortiguado,
mullido y leve el paso
del rocío

latido
como una lenta flor hacia el albero.

*

Había aún otra luz:
él me miró,
yo le miré,

conejo
en el hueco.

EN EL CIELO

En el cielo hay unas manos
azules de acariciar la frente,
de sus dedos con los labios
cogerás los frutos verdes,
amado.

Porque tú dormías
tan sólo para hacer sueños
y que los sueños se vieran
y no desaparecieran.

EN LAS PLAYAS

Quién recuerda mejor el paraíso
sino el que avisado permanece
tras la sábana limpia
y a pesar de ocultársele el mar

nunca se alejó del otro lado—
por eso no le hizo extraños la muerte,
ni los palacios de la novedad
fueron quimeras.

EL COFRE DE LOS INVICTOS

Rompen el paso los tambores,
rompen el humo de la ausencia;
cárcel sonora en que la luz fenece,
rompen también la sombra.

Y las palabras sienten
las manos a mar.

Mirad manos los frutos,
la agonía no es triste,
la agonía es —*preciosa*,
fruto de las miradas
en procesión cual cirios

que acaso el viento apague
antes que la saeta.

Rompen destino los tambores,
rompen súplica y réplica;
cárcel sonora en que la luz fenece,
rompen también la sombra.

Orihuela, Semana Santa 2005

® Para uso privado únicamente. Prohibida la reproducción mediante cualquier medio sin consentimiento expreso del autor.

Dirección de contacto: alcalis@lucernario.org